

XLIII

GÉNOVA Y ALEJANDRÍA

La ciudad de Génova se dispone á recibir á Napoleón III. El 11 de mayo, una proclama del síndico celebra al «campeón de la justicia y de la civilización, al vengador de los pueblos oprimidos, al heredero del nombre y de la gloria de Napoleón el Grande,» al que, «no contento con haber enviado al punto un ejército á Italia, viene él mismo acompañado de los votos de toda la Francia para encargarse del mando.» «Ciudadanos, añade el síndico: El emperador de los franceses no podía darnos más relevante prueba de simpatía, ni más seguras arras de la victoria. Expresemos, pues, con toda la efusión del alma nuestros profundos sentimientos de admiración y de gratitud al augusto jefe de la gran nación que tiende una mano fraternal á Italia para ayudarle eficazmente á conquistar al fin la independencia tan largo tiempo codiciada.»

12 de mayo. — Desde por la mañana, Génova está de fiesta y toda la ciudad se halla en pie. Un tren especial conduce al conde de Cavour, que tiene empeño en ser uno de los primeros que saluden á Napoleón III. La guardia nacional genovesa y un regimiento de granaderos de la guardia imperial están alineados en batalla para hacer los honores al soberano. Dos vapores del Estado situados á cada lado de la entrada, en el puerto, sirven de tribunas reservadas á la alta sociedad. A las once, todos los sitios están ocupados ya, y las damas no temen exponerse á los rayos de un sol abrasador. Se ha cerrado la Bolsa, así como también las tiendas, y una multitud enorme se oprime en el puerto comercial, invade los barcos y se coloca hasta en las vergas.

Las doce y media de la mañana. — Un cañonazo disparado desde las baterías de la *Linterna* anuncia que el yate imperial *Reina Hortensia* está á la vista. A esta señal, el príncipe de Carignán, el conde de Cavour, el conde Nigra, ministro del rey Víctor Manuel; el marqués de Brema, gran maestro de ceremonias; el príncipe de la Tour d'Auvergne, ministro de Francia, con todo el personal de la legación; los generales franceses Herbillón, comandante militar de Génova; Lebœuf, comandante de artillería del ejército, y Frossard, comandante de ingenieros, pasan á bordo del vaporcito *Amphiôn*, y van á recibir al emperador, seguidos de mil barcas empavesadas que desean dar la bienvenida al soberano libertador.

De pie en la cubierta de su barco, Napoleón III contempla un horizonte

espléndido: Génova la *soberbia*, Génova la *noble y real* ciudad, celebrada por el Tasso y por Alfieri, Génova con sus palacios de mármol sobrepuestos como las gradas de un vasto anfiteatro, su red de altas colinas, y su puerto formando un hemicíclo de una legua de contorno, que dos grandes muelles separan del mar.

A las dos. — El estampido del cañón retumba, las campanas repican, los tambores redoblan, las tropas presentan las armas, y una inmensa aclamación parte de todas las bocas. El yate imperial se acerca y adelántase rápidamente hacia el muelle. Llegado al desembarcadero, donde es recibido por el general Regnaud de Saint-Jean d'Angely, comandante en jefe de su guardia, y por las autoridades genovesas, el emperador se traslada á un bote empavesado con las banderas sardas y francesas que desaparecen bajo una lluvia de flores, y lentamente se dirige hacia el palacio real entre las barcas que llenan el puerto; los sombreros y los pañuelos se agitan, y resuenan frenéticas aclamaciones.

El palacio real es una admirable residencia comprada por el rey Carlos Félix á la familia Durazzo, y elévase frente al mar, con el que se comunica por una galería que desemboca en el arsenal del puerto; y una escalera de mármol, reservada de ordinario solamente para el rey, baña sus últimos peldaños en las aguas de la dársena militar. Allí es donde el emperador debe alojarse, y desde aquí dirige su primera orden del día al ejército de Italia.

«Soldados: Vengo á ponerme á vuestra cabeza para conducirlos al combate. Vamos á secundar la lucha de un pueblo que reivindica su independencia, y á sustraerle á la opresión extranjera; es una causa santa, que tiene las simpatías del mundo civilizado, y no necesito estimular vuestro ardimiento, pues cada etapa os recordará una victoria. En la vía sacra de la antigua Roma, las inscripciones se aglomeraban en el mármol para recordar al pueblo sus altos hechos; y de igual modo hoy, al pasar por Mondovi, Marengo, Lodi, Castiglione, Arcola y Rívoli, marcharéis por otra vía sacra en medio de estos gloriosos recuerdos.

»Conservad esa disciplina severa que es el honor del ejército, y no olvidéis que aquí no hay más enemigos sino aquellos que luchan contra vosotros. En la batalla, permaneced compactos, sin abandonar vuestras filas para correr hacia adelante, y desconfiad de un excesivo impulso, única cosa que temo. Las nuevas armas de precisión no son peligrosas más que de lejos, y no impedirán que la bayoneta sea, como en otro tiempo, el arma terrible de la infantería francesa.

»¡Soldados!, cumplamos todos con nuestro deber, poniendo en Dios nuestra confianza. La patria espera mucho de vosotros; y ya desde un extremo á otro de Francia se oyen pronunciar estas palabras de feliz augurio: — El nuevo ejército de Italia será digno de su hermana mayor.»

Por la noche, el emperador asiste al teatro *Carlo Felice*, donde se da una función de gala en su honor. Por todo el camino — calle Balbi, plaza de la Anunciata y Novísima — las casas están adornadas é iluminadas, é inmensas colgaduras de todos colores penden de los balcones y ventanas; y las banderas se mezclan con guirnaldas de flores y follaje. Cuando Napoleón III entra en la

platea, se produce un verdadero delirio; tres veces, después de haber saludado á la multitud, se dispone á sentarse, y otras tantas las aclamaciones que redoblan le hacen permanecer donde está. Al fin ocupa su asiento, teniendo á su derecha al príncipe de Carignán, y al príncipe Napoleón á su izquierda. El conde de Cavour, el conde Nigra y M. Morro, síndico de Génova, se mantienen de pie detrás de él. Entre los personajes que han salido á su encuentro se oye á su amigo el conde Arese, uno de los partidarios más fervientes de la independencia italiana. «Querido Arese, le dice el soberano, debemos dar gracias á Dios por haber permitido que el emperador de Austria pasara el Tesino, pues de lo contrario yo no hubiera estado aquí.»

Al día siguiente, 13 de mayo, á las seis de la mañana, Víctor Manuel llega de incógnito á Génova para estrechar la mano de su aliado, y se pone á las órdenes del emperador, que ejerce el mando en jefe de los ejércitos francés y sardo. Los dos soberanos se abrazan con efusión, y pocas horas después, Víctor Manuel vuelve á su cuartel general, establecido en Occimiano, entre Casale y Valenza. Durante el día, el emperador, acompañado de dos oficiales tan sólo, da un largo paseo tan pronto á pie como en coche, por el camino de Alejandría, en los arrabales de Rivarole, la calle de San Antonio, etc. La acogida que se hace á su imprevista visita en aquellos barrios generalmente pobres es muy entusiasta.

14 de mayo. — A las dos, Napoleón III sale de Génova para dirigirse por el camino de hierro á Alejandría, donde debe establecer su cuartel general. El tren atraviesa el río Bormida, dejando á su izquierda la llanura célebre donde se libró la batalla de Marengo, y entra á las cuatro en la estación de Alejandría. Apenas ha bajado del vagón, el emperador monta á caballo y se dirige al palacio real, escoltado por varios escuadrones de caballería, en medio de una ruidosa ovación. A la salida de la estación hay dos columnas con una inscripción que reproduce las palabras imperiales: «El objeto de esta guerra es devolver á Italia su autonomía y no cambiar su dueño, pues así tendremos en nuestras fronteras un pueblo amigo que nos deberá su independencia. Que se arme Francia y diga resueltamente: No quiero conquistas; pero confieso en alta voz mi simpatía por un pueblo cuya historia se confunde con la nuestra.» En la *Piazzetta* se ve un busto de Napoleón I, y en la entrada de la *Strada della Pierra* un arco de triunfo con esta inscripción: «Al heredero del vencedor de Marengo; al aliado de Víctor Manuel.» Inmensa multitud llena la *Piazza Larga*, donde está el palacio real, morada de Napoleón III, y no deja de aclamarle.

Domingo 13 de mayo. — El emperador, acompañado del mariscal Vaillant, del mariscal Canrobert y de los oficiales de su cuarto militar, se dirige á pie á la catedral, que está bajo la advocación de San Pedro. La guardia nacional forma la carrera á su paso, y Napoleón III es recibido en la puerta de la iglesia por el clero; su capellán, el P. Laine, celebra la misa. A su salida, así como á su entrada, el soberano es saludado por una multitud entusiasta.

XLIV

MONTEBELLO

La guerra estaba declarada desde el 26 de abril, y aún no se había disparado un tiro. El primer combate se dió el 20 de mayo en Montebello.

El ejército aliado ocupaba ya toda la línea del Po, sin dar á conocer por qué punto se proponía atravesar el río. El 1.º y el 2.º cuerpos franceses estaban situados en los puntos extremos. El general Forey, cuya división formaba la vanguardia, presentía un combate próximo desde el 6 de mayo, y con esta fecha había dirigido á sus tropas la orden del día siguiente, en Gavi: «Soldados de la 1.ª división del 1.º cuerpo: Vamos á encontrarnos mañana ante el enemigo, y es probable que tendremos el honor de ser los primeros en cruzar con él nuestras armas. Recordad que vuestros padres derrotaron siempre á ese enemigo, y que vosotros debéis hacer como ellos.»

El 20 de mayo, á las dos y media de la mañana, el general Forey, advertido de que una numerosa columna austriaca, con artillería, había ocupado Casteggio, rechazando de Montebello á la caballería piemontesa, se dirigió inmediatamente á las avanzadas, en el camino de Montebello, con dos batallones del 74.º; y durante este tiempo el resto de la división tomaba las armas, llevando una batería de vanguardia.

El pueblo de Montebello está situado en la altura que se ve primero cuando se va desde Tortona á Plasencia; esta colina fué disputada siempre en las luchas que tuvieron por teatro las llanuras de Alejandría, y desde la antigüedad se designó con su nombre — monte de la guerra (*mons belli*) — por los combates que allí se libraron. En esa colina se dió entre la caballería nómada de Aníbal y la vanguardia de Escipión el combate que fué prelude de la batalla del Trebbia; y en el mismo lugar, en 9 de junio de 1800, el general Lannes, que iba á tomar parte en la acción de Marengo, forzó el paso que los austriacos defendían, mereciendo por su valor el título que se le confirió más tarde, el de duque de Montebello. Con sus defensas naturales, sus casas de sólida mampostería y su cementerio almenado, ese pueblo célebre es una posición muy fuerte. Los cultivos son altos, y los árboles y las vides, ocultando los movimientos del enemigo, habíanle permitido avanzar sin ser observado.

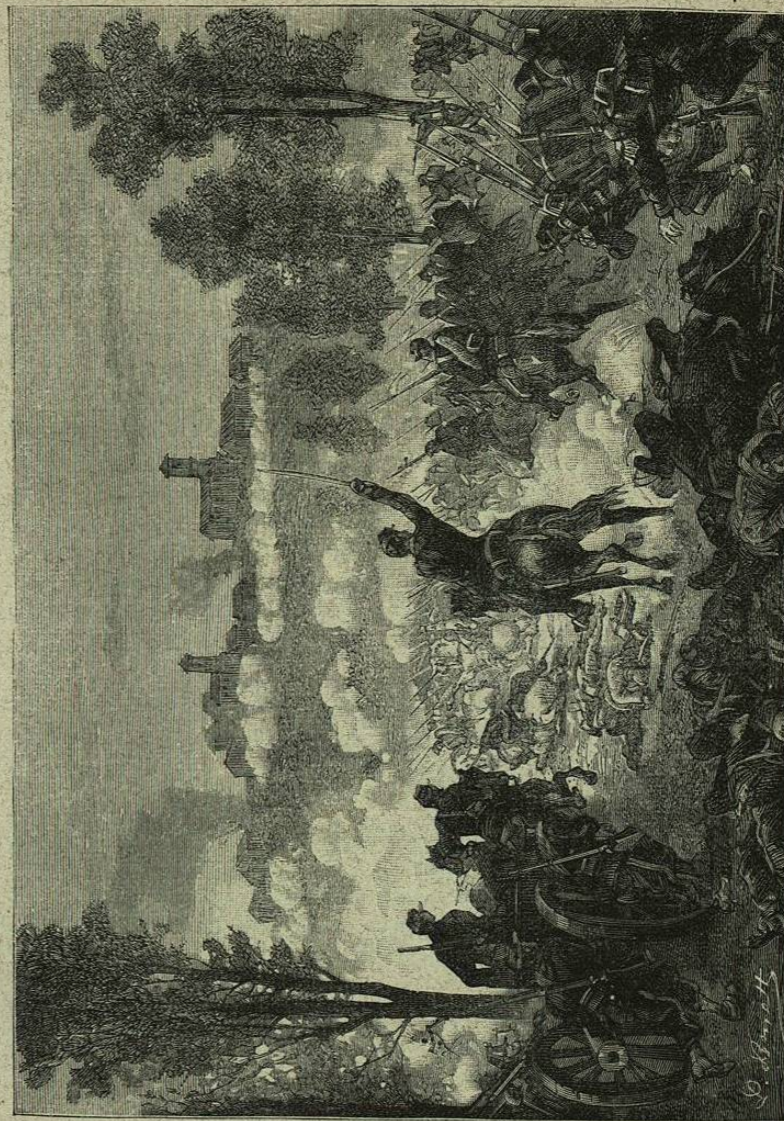
La división Forey se componía de cuatro regimientos de infantería de línea, los 74.º, 84.º, 91.º y 98.º, y de un batallón de cazadores, el 17.º, á los cuales se

agregaban seis escuadrones de caballería ligera sarda, al mando del coronel Mauricio de Sonnaz. Todos rivalizaban en denuedo y valor: á pesar de la desigualdad del terreno, cortado por barrancos, obstruído por las viñas, y de muy difícil acceso para la caballería ligera sarda, esta última dió una carga heroica. A una señal del general Forey, los clarines resonaron; el grito de «¡adelante!» salió de todas las bocas; los batallones franceses precipitáronse hacia las alturas, y muy pronto alcanzaron las crestas, debiendo atacar después el pueblo de Montebello. No era empresa fácil: los austriacos, emboscados detrás de paredes almenadas, hacían llover sobre sus enemigos una granizada de balas; todas las ventanas estaban llenas de tiradores, y cada casa era una ciudadela que se debía tomar. El general Forey, que se había apeado del caballo, se situó espada en mano al frente de las tropas; veíasele siempre en los sitios más peligrosos, y las balas silbaban á su alrededor; hubiérase dicho que la metralla retrocedía ante tanta intrepidez. Una vez cercado el pueblo, para avanzar fué preciso hacer prodigios de valor, y hubo una serie de combates incesantes, cuerpo á cuerpo, en las calles, en los jardines y en las mismas casas. En aquel momento fué cuando el general Beuret tuvo una muerte gloriosa. Obligados á retroceder ante el impulso y la impetuosidad de las tropas francesas, cuyas bayonetas eran irresistibles, los austriacos se retiraron al cementerio, donde opusieron encarnizada resistencia; pero se les desalojó de esta última posición, y entonces se pronunciaron en retirada. Eran las seis y media.

El general Forey juzgó prudente no apurar más el éxito de la jornada, y deteniendo sus tropas detrás del terreno accidentado en que se halla el cementerio, hizo ocupar la cima con cuatro piezas de artillería y numerosos tiradores, que rechazaron las últimas columnas austriacas hasta Casteggio. Poco después las vió evacuar esta localidad, dejando allí una retaguardia y retirándose por el camino de Casatisma.

Al fin de la jornada, cuando el general vencedor pasó por frente de sus tropas, unánimes aclamaciones le acogieron, y todos hubieran querido tocar la mano del jefe intrépido que había dado tan noblemente el ejemplo.

En su informe al mariscal Baraguey d'Hilliers, comandante en jefe del primer cuerpo, el general escribió: «No podría elogiar lo bastante, señor mariscal, el empuje de nuestras tropas... Tampoco olvidaré á los oficiales de mi Estado mayor que me han secundado perfectamente... Aún no conozco la cifra exacta de nuestras pérdidas; pero son numerosas, sobre todo en oficiales superiores, entre los que se deben lamentar muchas bajas: calculo la totalidad de las bajas, aproximadamente, en seiscientos ó setecientos hombres, muertos ó heridos. Las de los austriacos han debido ser considerables, á juzgar por el número de cadáveres encontrados principalmente en el pueblo de Montebello. Hemos hecho unos doscientos prisioneros, entre los que se cuentan un coronel y varios oficiales; y también han caído en nuestro poder varios furgones de artillería. En cuanto á mí, señor mariscal, me felicito de que mi división haya sido la primera que



COMBATE DE MONTEBELLO

batió al enemigo. Este glorioso bautismo, que recuerda uno de los más hermosos nombres del Imperio, marcará una de esas etapas indicadas en la proclama del emperador.»

El general Forey agregaba la siguiente posdata: «Según los informes que recibo de todas partes, las fuerzas del enemigo no bajaban de quince á diez y ocho mil hombres, y si he de creer lo que dicen los prisioneros, excedían con mucho de esta cifra.»

Para luchar contra semejantes fuerzas, el general Forey no había tenido más que su división, compuesta de cinco mil novecientos hombres y los seis escuadrones de caballería ligera sarda. La noticia de este magnífico hecho de armas produjo en toda Italia y en toda Francia una inmensa alegría. Este primer triunfo era de buen augurio.

XLV

PALESTRO

La guerra comenzaba bien: en el momento de librarse el combate de Montebello, Garibaldi y sus voluntarios de camiseta roja se distinguían alrededor del lago Mayor; entraban en Como el 29 de mayo, y la ciudad se ponía bajo la protección del gobierno del rey Víctor Manuel.

El 30 de mayo, el rey, que llevaba consigo cuatro divisiones sardas, cruzaba el Sesia; la división Durando se dirigió hacia Vinzaglio, y las divisiones Fauti y Castelborgo hacia Casalino y después á Confienza. La división Cialdini, que desde la víspera se había situado en la orilla izquierda, fué encargada del ataque principal, contra Palestro. Este pueblo era de difícil acceso: cortado por canales y obstruido por causa de las talas de árboles, el camino que á él conducía presentaba obstáculos de toda especie. En los lados, el terreno, cubierto de arrozales y dividido por innumerables zanjas, entorpecía mucho el ataque; antes de llegar á Palestro, el río, con sus orillas llenas de altas hierbas, álamos y sauces; á derecha é izquierda, vastos prados pantanosos; los declives encajonando y dominando el camino hasta la entrada del pueblo, y ocupados por tropas; los cazadores tirolese, hombres escogidos, escalonados de trecho en trecho, ocultos por los árboles ó echados entre las hierbas; el puente defendido por numerosos tiradores; las alturas formando á cada lado del pueblo como dos baluartes naturales de unos quince metros de altura, y las primeras casas almenadas para dificultar el ataque, permitiendo á los austriacos dirigir sus fuegos contra los sitiadores: tales eran los obstáculos de toda especie que encontraba la columna sarda encargada de tomar la posición de Palestro. Conducida por Víctor Manuel en persona, triunfó de todas las dificultades y apoderóse del pueblo. Al mismo tiempo, las otras divisiones sardas tomaban Vinzaglio, ocupando seguidamente Casalino y Confienza.

Al otro día, los austriacos debían tomar otra vez la ofensiva, presentándose con fuerzas considerables.

Cuando el emperador había enviado á Víctor Manuel en 29 de mayo la orden con estas únicas palabras: «El ejército del rey se situará delante de Palestro,» presentía que el soberano sardo tendría que librar varios combates, y por eso puso á su disposición el 3.^{er} regimiento de zuavos, momentáneamente destacado del 5.^o cuerpo. Este regimiento acampaba en Torrione el día 30, y el